

DEMOCRACIA, CULTURA Y PLURALISMO

por MARCOS AGUINIS

I

Cuando se habla de la cultura en democracia tenemos que hacernos unas preguntas previas: ¿Existe una cultura sin democracia? Porque no vamos a estar haciendo permanente alharaca de que la cultura sólo renace con la democracia. Debemos reconocer que también hay cultura bajo oprobiosas tiranías, y sería ocioso enumerar la cantidad de científicos, literatos, filósofos, que han debido trabajar bajo dictaduras, y que, pese a ellas, quizá gracias a ellas, realizaron su tarea.

Pero ocurre que bajo las dictaduras, la tarea cultural queda limitada, obsesionada a una acción prevalentemente de oposición contra esa dictadura. Cuando estos productos culturales son realmente profundos, perduran, porque tienen elementos que no quedan limitados al aspecto coyuntural, sino que reflejan situaciones que se reproducen con el tiempo.

En la democracia, por el contrario, se abre el abanico, y cuando la libertad de expresión es real y eficiente, entonces, los creadores pueden bucear en aspectos mucho más diversos y más ricos de la condición humana.

Pero también tenemos que preguntarnos qué quiere decir democracia. ¿Podemos definir tan sencillamente a la pa-

labra democracia? Recordamos los largos años de oscurantismo autoritario, cuando nos enseñaban a burlarnos de la democracia haciéndonos creer que son aspectos formales, o burgueses, o estadísticos, y que no tienen mayor relevancia; que tienen relevancia, en cambio, otros aspectos de la vida social.

Yo he repetido una definición muy apretada de la democracia, y la vuelvo a repetir aquí. Creo que la democracia es la decisión colectiva de respetarnos los unos a los otros, nada más, ni nada menos. Nada tan difícil, por supuesto, porque eso de respetarnos los unos a los otros es un anhelo en la mayor parte del mundo e inclusive en los países más avanzados.

Se dice que el hombre quiere respetar al otro, que se necesita al otro, pero esta legitimación de la alteridad todavía no es eficiente, o no es satisfactoria, es un camino que el hombre tardará mucho tiempo en hacerlo realmente plano. Es difícil reconocer al otro, es difícil reconocer que gracias al otro existe el uno. Es difícil reconocer que cuando uno empieza a hablar, primero se dice tú y después se dice yo.

Ese periplo es la diferencia lenta que vamos haciendo cada uno de nosotros hasta reconocernos como una entidad autónoma, a partir de la matriz del nosotros, y a partir del espejo que representa el otro.

Ese otro, tan necesario, es como si quisiéramos olvidarlo, como que quisiéramos con gran prepotencia y orgullo olvidarlo, y decir que prescindimos de él, que no nos hace falta, y empezamos a despreciarlo. Esto, claro, es el mecanismo autoritario, despreciar al otro, creer que nosotros podemos vivir sin el otro, o que el otro es menos importante de lo que pretende. Y ese desprecio por el otro estructura la relación vertical, social, por la cual uno está arriba y solamente soñará con tener otro que esté más abajo para que, a su vez, pueda humillarlos.

Y esa relación vertical tiene que transformarse democráticamente en una relación horizontal por la cual uno no está por arriba ni por debajo de otro sino a igual nivel del otro, con el cual se hace intercambio y no se hacen imposiciones. Esto transforma hasta el uso del lenguaje. Para el lenguaje autoritario la palabra enseñar no significa transmitir conocimiento; esta es la acepción democrática; para el autoritario enseñar es someter; por eso, muchas veces, acompañándose con el índice, se suele decir: “¡Te voy a enseñar!”, que significa: “te voy a obligar a que hagas o que pienses como yo quiero”.

Para el lenguaje autoritario, la palabra justicia significa venganza, o qué otra cosa hace el ayatollah Komeini, por ejemplo. Pero para los democráticos, justicia es ecuanimidad. Para los democráticos lo esencial es respetar al otro. Para el autoritario es dominarlo. Vamos a hacer una exposición breve sobre algunos aspectos de la relación entre cultura y democracia.

En primer lugar, y esto hay que jerarquizarlo, debe existir una plena libertad de expresión, porque todo ser humano tiene derecho a manifestarse, a expresarse, y esa expresión no solamente se hace con la palabra, sino también a través del arte o de cualquier otra realización creativa. La creatividad es una necesidad primaria del hombre, es el espacio que abre el hombre en el mundo porque no está conforme con lo que existe. Entonces, el hombre se convierte en un autor porque va dejando su impronta, va dejando su huella, no sólo con las grandes obras que perduran a lo largo de los siglos, sino en la creación que hacemos con los afectos, con nuestra vida cotidiana, con la ropa, con la comida, con la conversación, con el juego. Todo eso es creación, y todo eso hace que nos sintamos dignos de vivir. En la medida en que creamos cosas, nos sentimos dignos de vivir porque nos seguimos sintiendo autores, es decir, protagonistas.

Esta libertad de expresión que hemos restablecido felizmente en la Argentina, está sabotada en forma oblicua. Nadie va a atacar frontalmente a la libertad de expresión, como nadie va a atacar frontalmente a la ética, ni a la paz, ni a la belleza. Oblicuamente sí.

Sabemos que hay mucha gente que ataca oblicuamente a la paz y que nos quiere conducir a la guerra con argumentos falsos, que tienen, claro, los afeites de la verdad y nada más que los afeites. Pero a la libertad de expresión también se le ataca oblicuamente, y yo voy a dar dos ejemplos:

Una forma de atacar la libertad de expresión, y que en Argentina ya lo estamos viendo, es acentuar, martillar sobre sus defectos, sobre sus productos malos. La libertad de expresión tiene productos malos, y tiene infinidad de productos buenos. Pero si se martilla únicamente sobre los productos malos se va a conseguir que poco a poco nos olvidemos de los buenos.

¿Cuáles son los productos malos de la libertad de expresión? Básicamente lo que se reúne en la palabra libertinaje o pornografía. Si una persona desea mejorar su estado físico, se someterá a gimnasia o a algún tipo de deportes y obtendrá con este ejercicio físico muchos beneficios, indudablemente. Pero junto con esos beneficios habrá algunos aspectos malos, por ejemplo, tendrá dolores musculares; tendrá alteraciones del metabolismo, tendrá perturbaciones hidroeléctricas. No interesa. Esos aspectos malos no son los importantes, son aspectos que vienen acompañando a los buenos y que terminarán por ser eliminados en forma espontánea, o a través de algún tipo de correctivo. Pero lo que importa, sí, son los aspectos buenos.

En cambio, si se dice que un ejercicio físico sistemáticamente produce muchos dolores y se acentúan solamente los dolores, llegará un momento en que se dirá: Bueno, para qué voy a hacer ejercicios físicos si yo no quiero sufrir. Algo así

ocurre con la libertad de expresión, cuando se martilla exclusivamente en los aspectos malos y se pide que se censuren esos aspectos malos, que se los prohíba.

Pero nosotros sabemos muy bien que, con la prohibición, uno sabe cuándo empieza y nunca cuándo termina, y que los que quieren que se eliminen los aspectos malos están deseando que también se impida el desarrollo de los aspectos buenos. Porque la libertad de expresión produce una especie de alumbramiento social generalizado, que lleva a la desmitificación de algunos mitos, a la desacralización de algunas cosas mal sacralizadas, y que esos sectores privilegiados que se benefician de los mitos y de las sacralizaciones, veránse perjudicados, y por lo tanto, no quieren una excesiva libertad de expresión, que alumbra.

Otra forma de atacar la libertad de expresión es el fomento de lo vulgar. Es otro aspecto. Hay una cultura vulgar, una cultura chabacana. Los censuradores, notable paradoja, no colocan en primer lugar de la lista de lo que se debe prohibir a los aspectos de la cultura vulgar, y, sin embargo, es lo que se debería eliminar, porque la cultura vulgar atenta efectivamente contra el pueblo.

¿Y qué diferencia hay entre la cultura vulgar y la cultura popular? ¿Existe diferencia? Muchas veces se suele decir que al pueblo se le da lo que el pueblo quiere, o lo que el pueblo prefiere, aceptándose, casi sin protesta, que el pueblo acepta la cultura vulgar, la cultura chabacana. Y, sin embargo, no es así. Hay una tajante diferencia entre la cultura vulgar, y la cultura popular.

La cultura popular es la que genuinamente viene del pueblo, la que genera el pueblo, y la cultura vulgar es la que fabrican los mercaderes. La cultura popular es el primer eslabón de una larga cadena creativa, es como el mineral recién sacado de la cantera, que se puede llevar hacia una etapa de alta sofisticación. En cambio, la cultura vulgar es el último eslabón, no hay nada más después.

La cultura popular libera, porque facilita la expresión del pueblo. La cultura vulgar aliena, porque adormece al pueblo, lo insensibiliza. ¿Y por qué la cultura vulgar atenta contra la libertad de expresión? Porque, justamente, al achatar la sensibilidad popular, al disminuir su espíritu crítico, desalienta el talento de los creadores. Porque cada vez los auditorios son menos exigentes, no hay emulación creativa. Entonces, esta libertad de expresión pierde vigor, pierde intensidad.

La cultura vulgar no atenta contra los baluartes autoritarios precisamente porque ataca en forma oblicua la libertad de expresión. Desde luego, en un gobierno democrático no vamos a prohibir la cultura vulgar, pero vamos a estimular todo lo que signifique mejorar la calidad de la cultura.

I I

Otro aspecto que me gustaría señalar es que nuestro propósito no es alentar la cultura consagrada, sino la cultura del descubrimiento, la cultura de la aventura y de la vida.

Sostengo, y lo digo abiertamente, que en una cultura democrática se debe poner el acento, no en lo consagrado y sí en lo vivo.

Hay una ideología fascista, que es quedarse con lo inmóvil y quedarse con el lado de lo muerto. Uniformar y quietar.

Lo que está muerto, lo que no cambia, lo que no se modifica, eso gusta al fascista, gusta al autoritario porque no le mueve ninguna estructura, no le amenaza con un cambio. Entonces, para ellos la cultura consagrada es la conocida, es la que no amenaza.

Desde luego que nosotros no vamos a frenar de ninguna manera ni desconocer los auténticos valores de la cultura consagrada; por el contrario, entendemos que nos estructuran,

que son valores que el tiempo ha calificado y que tenemos que respetarlos y admirarlos, y aprender de esa cultura consagrada; pero no reducirnos a ella, porque sino estaríamos realizando una forma indirecta de censura.

Por el contrario, el estimular una creación inmediata y viva es propio de un gobierno democrático. Porque la democracia es impúdica y le gusta ventilar los trapos sucios y dejar ver las cosas buenas y las cosas malas que están dentro de la sociedad.

Los regímenes autoritarios (y nosotros hemos tenido bastante muestra ya), por el contrario, se ocupan del disfraz, de hacernos creer que existe orden, que existe paz, y que incluso existe dicha. Pero por dentro está todo lo feo. El gobierno autoritario no acepta que haya conflictos; dice que hay alimañas que atentan contra la armonía de ese régimen, y que lo que hace falta es exterminarlas. Son las famosas soluciones finales; liquidar al enemigo creyendo que la sociedad no tiene conflictos. Por lo tanto, los creadores, en una sociedad autoritaria solamente pueden o referirse a las obras consagradas, o transferir los conflictos a otro escenario que sea del pasado o del exterior, o elogiar al régimen diciendo que las cosas son de color rosa, o despotricar contra las alimañas.

Por el contrario, en la democracia, los creadores son estimulados a contar lo que a ellos los afecta y los angustia, a explicar por qué se sufre hoy, y valorar de ese modo nuestro presente, es decir, nuestra cotidianeidad que, a veces, es gris y que tantas veces es dolorosa y es la materia de la cual surge una creación que es nuestra y en la cual nos reconocemos, valoramos nuestro presente, reconocemos el valor del nosotros, y a partir de ahí, entonces somos cada vez más democráticos.

Para redondear un poco, la cultura democrática es aquella que busca que cada vez sea más eficaz la democracia, y una

democracia eficaz, para que permita que los hombres, reconociéndose necesarios unos a los otros, mejoren y perfeccionen la imagen que tienen de sí mismos.

I I I

La Argentina es un país pluralista, tanto en el sentido longitudinal diacrónico como en el sentido transversal sincrónico. A lo largo de nuestra historia y a lo ancho de nuestra geografía, la Argentina es un país plural. Ese pluralismo significa una gran variedad de elementos en sus raíces culturales, elementos que no se pierden nunca, como no se pierden nunca en el ser humano las experiencias afectivamente importantes. Aunque las olvidemos, quedan grabadas, registradas en nuestro inconsciente.

En la Argentina hubo esclavos negros que no existen más, pero están grabados en nuestra cultura. Y de alguna forma, directa, indirecta o metamorfoseada, siguen gravitando. Existió una cultura aborigen y después vinieron los conquistadores hispánicos, y esa mixtura produjo una cultura colonial. Después llegó el positivismo europeo. Y todo eso es parte de nuestra riqueza histórica con fijaciones culturales que se han ido colocando. Nuestra variedad étnica, nuestra variedad geográfica, nuestra variedad económica, llevan a un pluralismo actual.

Para una mente autoritaria, esa variedad le produce horror, le produce malestar; crea una manía persecutoria y la amenaza de que el país se disgrega, que se divide, y que la identidad nacional necesita limar todas las aristas, agrisar todos los contrastes y uniformarlos.

Democráticamente, debemos entender que existe un pluralismo, que ese pluralismo, nos enriquece. Si todos fuésemos dueños de los mismos recuerdos, de los mismos miedos, de los mismos afectos, seríamos un grupo muy pobre, no habría

riqueza. Entonces, el pluralismo es riqueza. Y no tenemos por qué renunciar a ese pluralismo. A partir de esa variedad infinita, hay una riqueza en la Argentina, que va cambiando y modificándose en forma continua.

Pero no solamente Argentina es un país plural; la cosa es más difícil todavía. Argentina está dentro de un continente que es América Latina y dentro de un planeta Tierra, donde hay muchos otros continentes con muchos otros pueblos. Y nosotros no debemos aislarnos, debemos aceptar las influencias externas, así como nosotros emitir nuestros propios rasgos. Y en ese intercambio también crecemos, porque si quitamos el intercambio con el exterior, también nos empobrecemos y nos morimos como una planta que deja de recibir nutriciones externas. Entonces, la cosa es tan compleja porque es como en el sistema de Galileo: no sólo que la Tierra da vueltas alrededor del sol, sino que da vueltas sobre sí misma. No sólo que Argentina es plural sino que está dentro de un mundo plural. Y todo eso son ingredientes que permanentemente nos modifican.

Para una mente autoritaria el ser nacional es algo quieto que quiere tener definido, que quiere tener reglamentado y, si es posible, escrito, para poder meter preso a alguno que se desvíe de ese ser nacional y que quiera manifestar algo que no esté de acuerdo con estas tradiciones perfectamente codificadas.

Y resulta que actualmente nosotros estamos inventando cosas que todavía no son tradiciones, pero que, si tienen éxito, quizás dentro de cien años sean una tradición más, que la inventamos nosotros. ¿Por qué hay que cerrar nuestro patrimonio de tradiciones? Podemos crear otras.

Estamos dentro de una situación extremadamente compleja y rica, en la cual tenemos que superar situaciones paranoicas y reconocer que Argentina es un país en permanente cambio, y que ese cambio denota la vida. Entonces, las ca-

racterísticas de nuestra identidad se modifican, se corrigen y las influencias externas pueden ser deletéreas o no, de acuerdo a la fuerza que tengamos nosotros para valorar lo que tenemos, tal cual lo tenemos.

Así de sencillo y así de difícil. Porque valorar lo que tenemos es reconocer todas las cosas que nosotros decimos que son valores y todas las cosas que nosotros decimos que son defectos. Pero que son nuestros. Y al reconocerlos, ya son menos defectos. Es igual que una persona que se sabe cobarde pero dice al otro: "Yo soy cobarde"; ya es un poco menos cobarde porque se animó a reconocer su cobardía. El cobarde que, por el contrario, miente al otro diciendo que es valiente, no es menos cobarde, lo es más todavía.

El contacto con el mundo externo, que es plural, y la aceptación de nuestro pluralismo interior, provocan un gran desafío: El desafío de entender que este aparente caos, como dijo Borges, es un cosmos. No es tanto un caos. Lo que pasa es que desde nuestra pequeñez, desde nuestra inermidad, vemos a ese cosmos infinito como un caos amenazante. Tenemos que conciliarnos con él, reconocer que esa pluralidad es riqueza, y que, a partir de ahí, nosotros seguiremos creciendo. No tener miedo a la desintegración argentina. Confiar en nuestro país. Confiar en nuestro pueblo. Y reconocer que, tanto virtudes como defectos, son nuestros, y que, por lo tanto, tenemos que aceptarlos.